

español. Si estas cuartillas tuviesen un fin ambicioso, no podría permitirse el autor de ellas, una somera indicación de ideas; empero, como el propósito que abriga quien las redacta es simplemente atraer la atención de un grupo de estudiosos hacia el mundo de problemas en que se ha desenvuelto y vive la concepción cultural de nuestro maestro querido, basta para su empeño un simple esbozo de cuestiones.

El análisis de la visión pedagógica de don Manuel Cossío debería llevarnos a establecer un paralelismo entre su doctrina y la del grupo más renovador de educadores actuales; ¡cuán fecundo sería ello! El estudio de la forma como concibe él la función cultural y educativa del arte nos obligaría en cambio a estudiar su filiación en Schiller. Llegado a este punto habría que subrayar la relevante personalidad del discípulo dilecto de don Francisco Giner en el pensamiento moderno; ningún otro Pedagogo ha visto con la profundidad que él la peculiar función educadora del arte: depurar, dar exquisitez a la sensibilidad. Es más, cuando se estudien las analogías y diferencias entre el maestro y el discípulo, entre don Francisco Giner y el señor Cossío habrá necesidad de ahondar en el análisis de esa gran cuestión, pues si el primero subrayó especialmente la finalidad ético-humana de la enseñanza, el segundo acentúa que una honda educación estética es el medio mejor de alcanzar esa finalidad; su divisa es *Poesía y Realidad*, pero asignando a la primera la misión de engrandecer espiritualmente la segunda, ya que la Poesía es la que permite extraer el jugo luminoso de las cosas.

Así como en *El Banquete* de Platón, Eros, el amor a la belleza, es el centro de la vida, así en la concepción de nuestro encendido y venerado educador, aparece dotada la sensibilidad para lo bello de la virtud generativa del hombre. Si hubiésemos de aprisionar en leves palabras la síntesis del pensar del Maestro, diríamos: por la estética a la formación del hombre, ya que ella es la que suscita ese íntimo temblor que nos pone en condiciones de apetecer y gozar los más refinados, humildes y exquisitos temas de la vida; pero... en el centro nuclear de la conciencia del hombre, la emoción prometeica de la rebeldía, que es la que nos hace autores de nosotros mismos, creadores de nuestras almas, escultores de la propia personalidad.

Mas el amor a Prometeo está comparado; ¿con quién? Los que hayan gozado del placer íntimo de contemplar un cuadro, un paisaje, una catedral o una vieja ciudad de nuestra Castilla acompañados por el señor Cossío, habrán advertido la presteza con que se han visto obligados a traspasar el plano aparental de lo observado y la mágica habilidad con que han sido conducidos a la contemplación del mundo espiritual de valores que el maestro descubre inmediatamente detrás del fenómeno observado. Y ese es el momento en que el señor Cossío desnuda su alma enamorada de Dionisos o la pasión y nos revela cómo y por qué ha influido e influye tan hondamente sobre cuantos tienen la dicha de vivir en comunicación con su alma, siempre alimentada, como la de todo espíritu egregio, por una fresca corriente de emociones renovadas.

institución. La reciente simpleza movida por empresarios norteamericanos, fenicios husmeadores del dólar, para señalar la muchacha de mejor rostro, de mejores ojos, de mejores caderas, de mejores pantorrillas, de mejores andares que se acomode al *standard* de belleza de la agencia mercantil, ha revelado no una divinidad, sino la faz engañosa de la leyenda. ¿En dónde ese tipo de mujer costarricense que siquiera sirva para lucir en los concursos *estandarizados* del mercado norteamericano? Es que nos hemos venido engañando con la belleza común de nuestras mujeres. Claro es que el troquel yanqui no nos enviará una Venus resplandeciente, pero es un troquel al fin.

Ah! y qué sería del país si otra agencia promoviera el concurso para destacar al *Mister Costa Rica* de entre las juventudes o de entre las maduresces. Cómo caerían sin estruendo, porque ni para eso hay volumen, nuestras leyendas masculinas.

Mas, si no queremos engañarnos con el deleite de esas leyendas, tampoco queremos pasar por nuestro cernidor solo el aura sombría. Aspiramos a que en el país no se malogren las generaciones, para que impriman ellas un rumbo, para que se agiten movidas por su espíritu fecundo, para que no den esa sensación de duna que advierte al instante quien por entre ellas pase anheloso el pensamiento. La juventud se rebela, está atenta, inquiere, cuida su cuerpo, piensa y no se subordina nunca. Y por sobre todas esas virtudes, cuida la que es primordial: la del estudio. Pensando en ella ha sido que hemos traído a Ruskin. Los jóvenes de nuestro país deben buscar la compañía de ese gran animador del entendimiento. Y deben, leyéndolo, leyendo al menos su guía para el lector, internarse en el mundo de sabiduría venida de la antigüedad. Hay allí inspiraciones que perduran de siglo en siglo con idéntico torrente de enseñanza. Los hombres que nos las dieron penetraron en el fuego eterno que anima al hombre de todas las edades. Por eso los jóvenes no han de desdenarlas y mucho menos ignorarlas. Nosotros hemos hecho de ellas fuente constante de nuestras reflexiones. Cuánto bien hemos recibido.

La falta de juventud del país ha ido creando ese profundo estado de indiferencia con que hombres y mujeres ven los sucesos de todo orden. Cuando alguien hace de ese estado un juicio sangriento, afirma que al costarricense sólo lo obligan a mostrar los dientes dos cosas: una, que le toquen el bolsillo; otra, que le den palo. Es, desde luego, el juicio despiadado, pero ya empieza a ser fácil su circulación. Por eso es preciso que se perfile la juventud. Mientras las generaciones se sucedan como a través de un proyector de cinematógrafo, la indiferencia por los grandes y por los mínimos valores del país irá creciendo indefinidamente. ¿Y cuál es el resultado de esa indiferencia? Una inclinación fatal hacia la pendiente de la ruina de todas nuestras instituciones superiores.

En esa sabiduría que tanto recomendamos a los jóvenes, encontramos un

Fernando de los Ríos

Estampas

Al pensar en los jóvenes... y el amor al estudio

DE la sabiduría antigua tenemos mucho que aprender. Las generaciones jóvenes no pueden formarse juiciosas y austeras sin convertir aquellas enseñanzas eternas en un refugio del espíritu. Y al pensar en los jóvenes tenemos la atención puesta en los de nuestro país. A ellos circunscribimos nuestra exhortación para que adquieran el amor por la lectura. Si un consejo estamos obligados a acatar, oigamos el de Ruskin. Está escrito con fervor. En el ensayo *Los tesoros de los Reyes* nos dice cómo leer para encontrar en las páginas dignas de perdurar por su sabiduría, el sentido real de la fuerza creadora que las nutre. Busquen los jóvenes de nuestro país a Ruskin. Y síganlo como a maestro. Enseña a vivir con dignidad, a sentirse relacionado con el mundo por poderes que no tienen su origen en la mugre sino en una luz que se irradia tan luminosa y pura como la de las constelaciones de lo alto. Y los jóvenes de nuestro país tienen que aparecer, hay urgencia de que se perfile una generación fuerte. ¿Qué arruina sin piedad la vitalidad para la creación siempre as-

cendente de una nación sino su ausencia de juventud? Y nosotros vamos por un atajo ruinoso precipitadamente. No queremos engañarnos. Es usual vivir aquí de la leyenda. Nos dicen o se nos ocurre decir, que la Educación ocupa siempre la vanguardia y nos entregamos a la leyenda de que en nada precisa mejorarla y que de ella pueden venir a recoger modelos los demás pueblos. Nos dicen o lo decimos en un paseo campestre, o en cualquiera de los entretenimientos con que saboreamos la vida, que nuestras mujeres son las más bellas del mundo, y pegamos los labios a chupar el dulzor de esa pulidísima leyenda. Nos dicen, o lo decimos en los corrillos de las esquinas, que nuestros jóvenes son talentos que se imponen a todos los estudiantes de las universidades extranjeras, y nos colocamos la insignia de la leyenda de que no hay nada más allá. Pero todo es leyenda, porque nuestras gentes están adormiladas, esperando que los juicios se los den hechos los hombres de quienes han hecho también leyenda, la leyenda de que sin ellos no puede crecer ninguna